



UN BALCÓN ENFRENTÉ
DEL RETIRO

Carmen Fernández Etreros

Un balcón enfrente del Retiro

De Carmen Fernández Etreros.

“Ahora sé por mis estudios y por confidencias del diván que las cosas que no se aclaran a su debido tiempo van formando como un muro de escoria porosa que enseguida empieza a solidificarse hasta que al final no hay quien lo derribe”.

Nubosidad variable, Carmen Martín Gaité

“Mira, hijo
Ves la luna.
Pues abre bien los ojos del corazón y disfrútala.
Y cuando algún día te sientas solo
Piensa que cuando mires a la luna,
esta luna llena, nuestra luna,
desde algún lugar,
yo la estaré mirando también”.

Carola Madrid

Índice

La casa de fresa

El día que murió Marilyn Monroe

Un paseo sorprendente

Llamarse Luna

Coincidencias

La soledad

El desliz

La huida

El destino

Gris

Una mala tarde

La china

Fuego

Una diosa

Calor

Amigos

Sueños

Chanel n° 5

Una copa de champán

Sus pasos

Puntadas

Estrella

La carta

Alfombra Roja

Otoño

Agradecimientos

Créditos

La casa de fresa

No debería nunca uno pasear solo por una urbanización solitaria. Nunca, porque la soledad a veces juega malas pasadas y la mente, tan frágil en ocasiones, puede confundir al más cuerdo. Esa tarde “la casita de fresa” como la llamaba su pequeña hija Amanda parecía como otras veces una villa grande y vieja que algún momento fue hermosa. Ahora el óxido anaranjado y sucio decoraba la hermosa barandilla negra de hierro del porche, y el inmenso jardín antaño plagado de rosas rojas y flores multicolores era un basto terreno de malas hierbas y flores secas. Pero aún así, si te acercabas despacio desde lejos y te parabas a escuchar el ruido ululante de las hojas de sus altos chopos podías sentir en su interior como conservaba algo de su majestuosa belleza caduca.

Después de vivir tres veranos en aquella urbanización solitaria y de dar todos los días un paseo con su perro por delante de la casita de fresa tras un día agotador de trabajo,

éstas eran las reflexiones de Luna esa tarde de agosto en la que no hacía excesivo calor pero en el que se notaba la rápida subida de la temperatura estival.

Al lado de la casa de fresa en los dos últimos años habían construido una casa de playa en pleno campo, de estructuras de hormigón rectas y modernas, con amplios ventanales y toda pintada de amarillo. Por supuesto su hija Amanda la había bautizado "la casita limón". Era una casa como las que salían en las películas americanas, toda diseño, pocos muebles, lujo hortera y muy funcional. En su interior correteaban unos niños pequeños persiguiendo a un perro, alrededor del borde de una piscina con forma de corazón.

La casa de fresa está al lado del barullo y la algarabía, pero sola y caduca rodeada de su belleza antigua. Luna siempre que paseaba por allí se contagiaba de la tremenda soledad que escondía detrás de su gran valla de piedra cubierta de malas hierbas.

Pero un día paseando con Trasto, un impulso ilógico la poseyó y no pudo evitar colarse en la casa de fresa. Lo había

planeado miles de veces como entretenimiento mental para sus paseos cuando su hija se encontraba en el periodo de vacaciones que le correspondía a su padre. Había oído por los rumores de los jardineros de la urbanización que hace treinta años vivía en la casa un pintor muy famoso que la abandonó porque le recordaba la desgraciada y misteriosa muerte de su hermosa mujer. Así poco a poco dejó de venir y de ocuparse del cuidado de la casa. La mansión entonces se convirtió en el refugio de ardillas, de urracas y de ratones, y su jardín majestuoso poco a poco se fue deteriorando gracias al tremendo crecimiento de malas hierbas. Éste era el secreto de la urbanización, que vecino a vecino iba contando en sus paseos a los nuevos habitantes.

Como una ladrona, Luna empujó con fuerza la puerta principal de madera tan henchida por la humedad que ni siquiera se movió. Pero Luna insistió pegando patadas a la puerta y al final se abrió. Trasto la seguía levantando las orejas. Luna miró a ambos lados antes de atreverse a entrar pensando que los niños de la casa limón desde su altura podían llegar a verles y llamar a la policía. Afortunadamente no había nadie en la valla metálica.

Al entrar una terrible oscuridad le hizo dudar si debía entrar o no, pero la tentación y el subidón de adrenalina eran demasiado fuertes. Sintió que la casa le llamaba, que quería enseñarle algo. Después de un recibidor por cuya cristalera entraba la tenue luz del exterior, al final de un largo pasillo tropezó con una especie de colchón tirado en el suelo o algo por el estilo. Entonces se dio cuenta de que alguien podría estar viviendo en esa casa y que no había sopesado suficientemente el peligro. Por un momento pensó en su tranquila vida tres casas más abajo, sin problemas, sin agobios con el único vicio de observar el mundo a su alrededor. De casa al trabajo, del trabajo a casa, con todo el tiempo del mundo para disfrutar de su soledad. Pero entonces sin dejarse dominar por la cordura, sus pies ingobernables se dirigieron hacia la luz que se veía al final del largo pasillo.

Al entrar en una amplia estancia que parecía una especie de salón, Luna sintió que la luz le cegaba y hasta unos instantes después no pudo ver nada. Y de repente como si de un encantamiento se tratase ante sus ojos se desplegó una biblioteca circular de caoba enorme y bella llena de libros

con altas escaleras de madera para subir y bajar sin problemas. Dio una vuelta contemplando las estanterías y sin saber porqué se detuvo ante un estante bajo. Trasto muy tranquilo se tumbó debajo del dintel de la puerta e incluso se puso a bostezar. Se fijó en un libro con lomo azul ultramar que sobresalía entre los demás en la biblioteca lleno de polvo. Lo sacó del estante y vio que era un álbum de fotografías. Al abrirlo se desplegó todo el pasado gráfico de la casita de fresa, instantáneas de la balaustrada de hierro forjado en todo su esplendor con rosas rojas y amarillas, un perro pequeño corriendo por un jardín verde y cuidado, un niño pequeño con gafas comiendo una manzana en la tapia de piedra, una mujer joven muy guapa con el pelo a lo Marilyn Monroe y unos pantalones piratas blancos señalando con una sonrisa a un pequeño álamo recién plantado, una instantánea de la misma mujer rubia ataviada con un albornoz blanco y una cara entre dormida y cansada...

Estaba ensimismada con las fotografías cuando de repente Luna oyó un ruido metálico fuerte como si alguien hubiese tirado una cacerola o una sartén al suelo, y pensó que debía haber alguien viviendo en la casa. Sin embargo Trasto

no hizo nada más que levantar las orejas, no gruñó, ni bufó, ni nada por el estilo. Aún así, Luna cerró de golpe el desvencijado álbum de fotografías y salió corriendo de la casita de fresa como alma presa de una visión diabólica.

Al cruzar la puerta del jardín de la casa de fresa Luna se volvió para mirar hacia la casa limón. Ya no le pareció tan hermosa. Y al mirar hacia el seto de arizónicas se dio cuenta de que los ojos azules y enormes de un niño de unos diez años le estaban observando fijamente. Seguro que le había visto salir de la casita de fresa pero pensó que era mejor no darle importancia y no preguntarle nada si él no le hablaba. Le sonrió con esa sonrisa mágica, estudiada en el espejo y explotada ante la cámara de televisión, con la que sabía conquistar a todo el mundo y siguió caminando como si no hubiese ocurrido nada, chillando de vez en cuando el nombre de Trasto seguido de la coletilla ¡no te metas allí! ¡Es que no me haces ni caso! Todo para que el niño pensara que había sido el perro el que se había colado en esa casa y ella había tenido que seguirlo.

Repitió el paseo diario como si no pasara nada y al llegar a casa se sentó en su vieja hamaca de madera y respiró pausadamente. A nueve y media llamó a Amanda. Mantuvo unas palabras distendidas pero a la vez distantes con su ex marido sobre la buena climatología del Mediterráneo hasta que logró que le pasase el teléfono a la niña.

- Hola, reina. ¿Qué tal te lo estás pasando en la playa? —preguntó con forzada alegría disimulando la tristeza de que se hija se encontraba a muchos kilómetros en el mes de vacaciones que no le correspondía.

- Muy bien, mamá. Hoy hemos montado en barco y hemos conocido a unos niños un poco raros que no les gustan las películas ni nada. Y nada más. Bueno, sí que mañana papá y Bella me van a llevar al circo a ver al elefante y a los payasos.

- ¡Qué bien hija! ¡Cómo me alegro! —contestó Luna con su forzada alegría.

- Oye mamá te tengo que dejar porque papá y Bella me están esperando para ir a cenar al puerto. Te quiero mucho y bueno... te echo de menos —respondió Estrella con un tono un poco triston.

- Sí hija, tú lo que tienes que hacer es pasártelo bien y comer mucho que hay que ver lo mal que comes. Un beso muy fuerte y pásatelo muy bien en el circo —la intentó animar Luna.

- Sí, sí, vale. Te haré caso. Hasta mañana —soltó Estrella como si tuviera mucha prisa y colgó el teléfono.

Al colgar su móvil Luna sintió como siempre una punzada terrible de celos y temor en medio del estómago. Su hija estaba tan lejos con su padre y con esa Bella a la que no conocía, la séptima novia de Leonardo Lucciola desde que se separaron hace ocho años. Aburrida después de conocer a la primera la masajista de hotel rubia oxigenada experta en hacer tortitas con nata y a la segunda profunda profesora de filosofía de una prestigiosa

Universidad privada que lo más sencillo de lo que hablaba era de Dècart, Luna le comunicó seriamente a Leonardo que no le presentara a la tercera si no duraba con ella más de dos sólidos meses. Y de ahí que todavía no le hubiera presentado a la séptima, la tal Bella

Desde que era una madre separada y concienciada intentaba dedicar todos sus esfuerzos en hacer feliz a la niña. Sin embargo Leonardo se volcaba en infructuosos romances para lograr una nueva compañera que le soportara. Con la niña había decidido seguir su canon de la perfecta madre-separada prudente: No hablar de las otras compañeras transitorias de su padre con la niña y tampoco de Leonardo con la niña ni para bien ni para mal. Siempre esperaba que su hija le contase las novedades y había comprobado que más tarde o más temprano le llegaban.

Le hubiese gustado contarle a su hija su aventura en la casa de fresa pero seguro que luego se lo contaría a Leonardo, y él la soltaría un discurso sobre la educación de la niña y el peligro de una imaginación desbocada en